

LIBROS

CARLOS BLANCO Y LA OBRA DE EMILIO PRADOS*

Por Ramón XIRAU



CARLOS BLANCO AGUINAGA se dio a conocer, entre críticos y lectores, por la originalidad de sus estudios sobre Unamuno: *Unamuno, teórico del lenguaje* (El Colegio de México, 1954) y, sobre todo, *El Unamuno contemplativo* (El Colegio de México, 1959). En su tercer libro (*Emilio Prados. Vida y obra. Bibliografía. Antología*), Blanco nos ofrece "la versión abreviada" de un estudio más extenso "que si sale al público, llevará por título *La aventura poética de Emilio Prados*". El presente análisis es importante por varias razones: a) es el primer libro extenso totalmente dedicado al análisis de la obra de Prados; b) muestra la "historia" espiritual de una vocación esencialmente poética si por poesía entendemos, en la tradición de los prerrománticos alemanes, visión; c) contribuye definitivamente a situar a Emilio Prados entre los primeros poetas de su generación.

Aunque Prados nunca ha sido olvidado, son pocos los estudios dedicados a su obra. Tal infrecuencia se debe en buena parte —lo indica Blanco— al hecho de que Prados, a pesar de haber fundado revistas de importancia, como *Litoral*, nunca ha sido exactamente un hombre de letras. Y es que para él la literatura, aquella "literatura" que Verlaine negaba en el *Arte poética*, no es un fin en sí. Blanco nos dice, repetidamente, que Prados vive "enajenado". Esta enajenación, que es capacidad de entrega, se puso de manifiesto en aquellos años (1928-1939) en que España quiso vivir. La misma capacidad de entrega subraya la obra, la vida toda de Emilio Prados para quien la poesía es una aventura espiritual que, más allá del poeta, más allá de Prados, más allá de la poesía misma, es búsqueda fiel de una experiencia religiosa. Claro es que en estos días nuestros ausentarse de las "letras" — con todo lo que la "literatura" tiene de propaganda personal, y, muchas veces, de pequeña capilla resulta una conducta impopular. Los famosos "clerics" de que hablaba Julien Benda se sienten traicionados. Los críticos, hombres de letras al fin, no han oído la voz de Emilio Prados. Y es que esta voz, íntima por naturaleza, es también por naturaleza, secreta, callada, casi silenciosa.

En *Emilio Prados. Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Carlos Blanco relata, con sensibilidad y claridad, la vida de Prados, siempre a sabiendas de que esta vida es la pauta misma de la obra.

El análisis de la vocación —iba a decir "invocación"— de Emilio Prados se

divide en cuatro épocas. Tengamos en cuenta, como lo señala Blanco, que estas épocas no son entidades separadas, no son cantidades discretas, sino mas bien momentos culminantes de un crecimiento que es siempre, en esencia, crecimiento de una misma forma de vivir y de pensar.

En la primera de estas épocas (1923-1926), Prados se entrega, principalmente, al "misterio de la naturaleza". Esta primera poesía de Prados, en buena parte inédita, parece revelarnos un mundo hecho de quietud. Pero frente a lo aparente —mejor aún, dentro de lo aparente— (mar de Málaga, día noche...), Prados descubre realidades más hondas y más vivas. Baudelaire ya había visto que existen "correspondencias" tanto en el mundo natural como en el mundo de los hombres. Cada objeto del mundo nos remite a otros objetos y, de hecho, es parte de los demás objetos. Dinámica, la naturaleza es, al mismo tiempo, varia y una, multiplicidad y simplicidad, otredad y mismidad. El mundo de Prados es, hasta 1926, un mundo de objetos, aun cuando estos objetos representen vivencias personales. Entre 1926 y 1928 (segunda "época") Prados publica *Cuerpo perseguido* donde "hace su aparición... la figura humana". Noche y día habían sido símbolos de cambio y permanencia. Este mismo cambio y esta misma permanencia viene Prados a redescubrirlos en el hombre, en el cuerpo y, más claramente, el amor. Pero la relación amorosa no es siempre correspondencia y contacto. Para evitar la oposición —mujer, hombre— Prados quiere hacer de la amada una figura de su pensamiento. La amada así es, doblemente ausencia, enajenación del poeta hacia ella y negación de ella en la conciencia del poeta: presencia de una ausencia. Dividido, el poeta se encierra en sí mismo;

*Cerré mi puerta al mundo...
se me perdió la carne por el sueño,
me quedé interno, mágico, invisible,
desnudo como un ciego.*

Ensimismamiento si se quiere, "memoria del olvido". Y de la angustia que brota de la soledad brota también la necesidad de comunicación. Esta comunión la concibe Prados entre 1928 y 1939 (tercera época) como "orden social-moral, económico y político". La poesía ha de abrirse a todos y convertirse en canto para todos. Poco publica Emilio Prados. Es que recita sus poemas a los pescadores de las playas de Málaga y, años más tarde, a los milicianos de la República.

Llega el exilio. "Asilado por fin en un México que no podía en aquel entonces dejar de serle ajeno", enajenado en la memoria de su olvido español, Prados parece perder pie. Pero la ruptura con la realidad no puede ser duradera, sobre todo si esta realidad es de veras cosa interior y del espíritu. Un día "a la vuelta

de una excursión, según baja Prados del Desierto de los Leones rumbo al Valle de México, acompañado de unos niños, como una revelación se le abre el campo y, de golpe, las vivencias silenciosamente acumuladas cobran voz exacta cuando intuye de nuevo que presente y pasado son sólo dos momentos de un Tiempo total para el cual resultan cárcel estrecha la nostalgia y el lamento".

Desde este día, desde la composición de *Vuelta a México*, asistimos no sólo al renacimiento de los viejos temas poéticos de Prados sino a su final y definitiva maduración. Pasa el tiempo y Prados publica *Jardín cerrado*, *Río natural*, *Circuncisión del sueño*. En su conciencia ya no sólo encuentra Prados encierro y soledad. Encuentra una vía de trascendencia dentro de la correspondencia unitaria de todo cuanto es. Esta correspondencia —Heráclito y Parménides— realiza la unidad de los contrarios. La vida y la muerte, el tiempo y la eternidad son ahora "momentos de un Tiempo eterno". Antonio Ríos, aquel pastor amigo de la infancia, es también todos los hombres.

La obra reciente de Prados está dedicada a cantar este momento gozoso de la unión, este "equilibrio de la luz" donde lo vario se funde en lo uno, donde las alternancias son de veras correspondencias.

Tal me parece ser en suma —muy breve suma— la línea de investigación necesariamente cronológica, por ser vital, que Blanco ha llevado a cabo. Quiero destacar que en este libro Blanco lleva a cabo minuciosísimos análisis, de una precisión infrecuente entre nuestros críticos. En ellos y más allá de ellos —acaso fuente de ellos— hay que buscar otra "correspondencia". Carlos Blanco, como algunos de los españoles que llegaron a México de niños, tuvo el privilegio de conocer a Prados en el Instituto Luis Vives y, más tarde, en aquella todavía hoy su casa de la calle de Lerma. Allí Blanco empezó a aprender no sólo lo que es la poesía de Prados, sino también que la poesía es un acto de vida, íntimamente desarrollado en el proceso de cada "historia" humana. El resultado de esta más personal correspondencia es este estudio limpio, preciso, en todo momento espléndido.



* Carlos Blanco Aguinaga, *Emilio Prados. Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Hispanic Institute in the United States, Columbia University, Nueva York, 1960, 136 pp. El estudio de Blanco ocupa 110 páginas del libro. Es bueno recordar que el volumen pertenece a la colección de Autores Modernos que a venido publicando el Instituto Hispánico.